

colección
Excursus



Madanes, Leiser

La peste / Leiser Madanes - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Miño y Dávila/
Centro de Investigaciones Filosóficas, 2020.
64 p. ; 22 x 14 cm. - (Excursus)

ISBN 978-84-18095-62-7

Ilustración de portada: Alberto Durero, *El pecado original*, 1504.

Edición: Primera en castellano. Diciembre de 2020
(publicado originalmente en: *Deus Mortalis, Cuaderno de
Filosofía Política*, núm. 5, Buenos Aires, 2006, ISSN 1666-5007).

ISBN: 978-84-18095-62-7

Depósito Legal: M-30545-2020

Lugar de impresión: Barcelona, España / Buenos Aires, Argentina

Diseño: Gerardo Miño

Composición: Eduardo Rosende

© Leiser Madanes, 2020.

© Centro de Investigaciones Filosóficas, 2020.

© Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl, 2020.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

LEISER MADANES

LA PESTE



CIF

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Excursus
Centro de Investigaciones Filosóficas

COMITÉ ACADÉMICO:

José Emilio Burucúa (UNSAM)
Ricardo Ibarlucía (INEO-CONICET, UNSAM)
Nicolás Kwiatkowski (UNSAM-CONICET)
Leiser Madanes (CIF)
Pablo E. Pavesi (INEO, UBA)

COORDINACIÓN EDITORIAL:

Juan M. Melone (INEO-CONICET, UBA)

CIF

Esta publicación se realiza en el marco de actividades del Instituto de Filosofía “Ezequiel de Olaso” (Centro de Investigaciones Filosóficas-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

CENTRO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

Dirección postal: Miñones 2073, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, CP1428, Argentina

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Dirección postal: Tacuarí 540 (C1071AAL), Ciudad de Buenos Aires, Argentina
c/López de Hoyos 15 (28006), Madrid, España

Teléfono de contacto: (54 11) 4331-1565

Correo electrónico: info@minoydavila.com

Página web: www.minoydavila.com

Redes sociales: @MyDeditores, www.facebook.com/MinoyDavila

❧ ÍNDICE ❧

La naturaleza caída	10
«Reina el espanto»	24
“Una infección nacional”	30
Desde el jardín	45

A Jorge Dotti, *in memoriam**

* Agradezco a Ricardo Ibarlucía haber desempolvado este viejo trabajo.

*La pestilencia fue tan grande
que la ley no se administraba en los Estados [...] y la hostilidad de Dios era más fuerte
que la hostilidad de los hombres.*

Bartolus de Sassoferrato,
*Comentario al Digesto*¹

La ciencia supone en la naturaleza un orden que es posible conocer; la filosofía política, un desorden que es necesario apaciguar. Platón vio un cielo ordenado de ideas, pero reconoció que los deseos más íntimos de los hombres incluyen el parricidio y el incesto.² A partir de este diagnóstico, encomendó a la razón la función terapéutica de dominar las pasiones y recordó a los filósofos reyes el deber de gobernar a los hombres pasionales. Años más tarde, supuso que el desorden no se limitaba a las almas de los seres humanos, sino que el universo en su totalidad había retrocedido al caos. Cronos, originario pastor divino de animales y pueblos, había abandonado el mundo a su suerte, y el arte de la política consistía en paliar el desorden de un mundo descuidado por los dioses.³ Similar posición bifronte mantuvo Thomas Hobbes, quien en tanto cultor de la nueva ciencia dio por sentado y buscó

1 “[...] *et fuit hostilitas Dei fortior quam hostilitas hominum*”. Véase Anna Montgomery Campbell, *The Black Death and Men of Learning*, Nueva York, Columbia University Press, 1931, p.132.

2 *República*, IX, 571b y ss.

3 *Politico*, 268d-273c.

conocer la legalidad detrás de los cambiantes fenómenos naturales, pero expuso su filosofía política a partir del supuesto contrario: bajo el orden estatal subyacía la potencial aniquilación de los hombres entre sí que el Estado debía evitar. La guerra, en especial la guerra civil, es seguramente la imagen que con mayor frecuencia se utilizó para ilustrar el desorden político. Sin embargo, la historia y la literatura ofrecen otras expresiones de caos natural y social. La peste es una de ellas.

Tucídides, uno de los pocos afortunados que padecieron y sobrevivieron la mortífera peste que asoló a Atenas durante la guerra contra Esparta (430-429 a. de C.), quizás ironizaba, cuando junto con la transcripción de la así llamada “oración fúnebre” de Pericles (en la que el estratega de Atenas enumera prolijamente las virtudes de la *polis* democrática y se congratula por el respeto de sus ciudadanos a las leyes), presenta un aterrador relato de la plaga y de la corrupción del orden ancestral de la ciudad, que se hunde en la anomia y el caos. La naturaleza –puede concluir el lector– le ha asestado un durísimo golpe al autocomplaciente *nomos* de la democracia.⁴ “Fue un tipo de plaga que superó ampliamente la posibilidad de describirla en palabras, y excedió por su crueldad lo que la naturaleza humana puede soportar.”⁵ Pese a –o, quizás, precisamente por– haber advertido que la crueldad

4 Cf. James Longrigg, “Epidemic, Ideas and Classical Athenian Society”, en Terence Ranger y Paul Slack (eds.), *Epidemics and Ideas. Essays on the Historical Perception of Pestilence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 21-44.

5 *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 50. Cotejo el original griego con la traducción al castellano de Diego Gracián (México, Porrúa, 1975) y las siguientes versiones al inglés: Thomas Hobbes (1628), en *The English Works of Thomas Hobbes*, ed. de William Molesworth, Londres, 1839-1845, (reimpr. Aalen 1961), vol. 8; C. F. Smith, *History of the Peloponnesian War*, ed. bilingüe, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, col. Loeb Classical Library, 1999. Véase también James Longrigg, *op. cit.*, p. 32.

de la peste sobrepasó cualquier descripción de la misma, la descripción de Tucídides de la descomposición social y política de Atenas se convirtió en un *topos* ineludible, directamente copiado y otras veces reelaborado, por quienes, a falta de poder llevar a cabo experimentos sociales para verificar hipótesis de teoría política, encuentran que una ciudad bajo una plaga presenta una inmejorable oportunidad para estudiar la naturaleza humana, su sociabilidad, sus instituciones.⁶

Son numerosísimos los testimonios pretendidamente fidedignos o declaradamente ficticios acerca de la peste, y gloriosa la nómina de textos y autores que se ocuparon de ella. Al comienzo de la *Iliada*, Homero nos sitúa en medio de un ejército castigado por una plaga; Sófocles advierte que solo cuando se descubra la verdad del rey Edipo cesará la peste sobre Tebas; por haberse atrevido a realizar un censo de bienes y hombres, Dios castiga al rey David enviando una peste sobre su reino; Boccaccio, antes de dar rienda suelta a su imaginación picaresca, no ahorra detalles en la descripción de los sufrimientos de los florentinos bajo la epidemia bubónica, yuxtaponiendo, quizás por primera vez, horror y arte; el desencuentro final y trágico de Romeo y Julieta se desencadena debido a un malentendido que Shakespeare ubica en una ciudad confundida por la peste, confusión que, por el contrario, le permite a Alessandro Manzoni el tantas veces postergado reencuentro de los *promessi sposi*; Rabelais, Samuel Pepys, Daniel Defoe, Dostoyevski, Poe, Artaud, Camus, han visto —o recreado— en la ciudad

6 Por ejemplo: Lucrecio, *De rerum natura*, Libro 6, vv. 1138–286; Virgilio, *Geórgicas*, 3, 478ss.; Diodorus Siculus, *Historia*, XII, 45 y 58 y XIV, 70.4–72, donde reitera el relato en su narración de la epidemia que atacó a los cartagineses en Siracusa; Procopius, historiador del reino de Justiniano, recurre a Tucídides en *Guerras de Persia*, II, 22–23 para describir la peste bubónica de Constantinopla en el 542–543. Cf. James Longrigg, *op. cit.*, p. 27.

bajo la plaga un laboratorio que permite examinar la naturaleza humana y la sociedad en una situación en extremo excepcional.

Algunas narraciones se centran en el castigo divino como causa, o, mejor dicho, atribuyen esta virulenta alteración de la naturaleza a una culpa humana (*Iliada*, *Edipo Rey*, las numerosas menciones en el Antiguo Testamento). Otras, aceptando que la peste es un fenómeno meramente natural, observan la descomposición social y sus consecuencias morales y políticas (Tucídides, Pepys, Defoe). Las primeras pueden ser leídas como reflexiones en torno a la obstinada desobediencia de los hombres; las segundas nos recuerdan la permanente amenaza para la fragilidad humana de una naturaleza, o de un Dios, hostil. Castigo o desastre natural, la peste, que amenaza al conjunto de la sociedad, exige una respuesta colectiva, a la vez que impide concretarla, mostrando así el fundamento trágico de lo político.

LA NATURALEZA CAÍDA

A pesar de los siglos transcurridos, la lectura de los testimonios de la peste, por la descripción del suplicio que sufrieron los enfermos en su rápido camino a la muerte, resulta aún hoy conmovedora. Debemos a Tucídides la primera y más completa historia clínica con los síntomas de una infección: un repentino y fuertísimo dolor y hasta ardor de cabeza, ojos enrojecidos e inflamados; luego, lengua y garganta ensangrentadas, respiración ruidosa y aliento fétido, seguido de tos, vómitos y convulsiones; por último, una terrible sensación de quemazón y sed que lleva a los enfermos a querer arrojarse al agua.⁷ A las miserias del cuerpo algunos relatos añaden la mutilación moral: “Un síntoma extraño

7 *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 49.

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.bajalibros.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ E D I T O R E S ♦